

Análisis arqueológico de la cripta de la capilla de las Once Mil Vírgenes en el convento de San Pablo de Burgos

Alejandro García*

RESUMEN

La excavación arqueológica del convento de San Pablo de Burgos (septiembre 2002-mayo 2003) permitió la documentación de una cripta o fosa funeraria localizada en la capilla de las Once Mil Vírgenes, construida en el siglo XVI en el transepto sur de la iglesia y de la cual no se tenía conocimiento alguno hasta el momento. En el presente trabajo se aborda el análisis de la secuencia constructiva de la capilla y de la cripta, la estratigrafía de relleno de esta, así como los materiales arqueológicos recuperados.

SUMMARY

The archaeological excavation in the convent of San Pablo de Burgos (September 2002-May 2003) provided evidence for a crypt or grave located at the chapel of the Once Mil Vírgenes, built in the 16th century in the southern transept of the church and hitherto unknown. In this paper, we analyse the constructive sequence of the chapel and crypt and the stratigraphy of its filling, as well as the archaeological materials discovered.

INTRODUCCIÓN

Entre septiembre de 2002 y junio de 2003 se acometió el estudio histórico-arqueológico del convento dominico de San Pablo en la ciudad de Bur-

gos¹. Durante este tiempo se pudo desarrollar la excavación en área de buena parte de la superficie del convento², localizado en un céntrico solar de la actual ciudad —extramuros de la medieval—, a orillas del río Arlanzón. Aunque la mayoría de las dependencias conventuales se encontraban saqueadas y arrasadas por la construcción de un cuartel sobre las ruinas del convento en la segunda mitad del siglo XIX, fue posible documentar la planta de la iglesia y el claustro, así como establecer una evolución histórico-constructiva del edificio (ADÁN *et alii*, 2003), conjugando el registro arqueológico con la información suministrada por un considerable volumen de documentos escritos analizados en un estudio previo (CASILLAS, 2001). Entre los diferentes hallazgos realizados durante la excavación destacó el de una cripta en el transepto sur de la iglesia (GARCÍA y ADÁN, 2003), dedicado a capilla funeraria de la familia Maluenda desde los años sesenta del siglo XVI. La singularidad del descubrimiento, su contextualización histórica, así como la escasa atención que hasta el momento habían merecido estos espacios subterráneos dentro de la historiografía arqueológica peninsular, motivaron un análisis más pormenorizado del mismo, que se desgrana en las siguientes líneas³.

¹ Este estudio arqueológico, dirigido por la doctora Gema Adán, se desarrolló en el solar del aparcamiento de caballería de la capital burgalesa con motivo de la construcción del Museo de la Evolución Humana (ADÁN *et alii*, 2002).

² Una parte del patio de servicio occidental del convento se introduce bajo unas viviendas de la calle San Pablo.

³ Agradezco su colaboración en este artículo a los doctores Gema Adán, José A. Casillas, Eduardo Carrero, Gloria Fernández Somoza y a los arqueólogos José A. Fernández de Córdoba, Ángela

* C/ La Cruz de las Vallinas, 5. 33457 Castrillón (Asturias).
E-mail: alesga_op@yahoo.es.

EL CONVENTO DE SAN PABLO DE BURGOS

La presencia de los frailes mendicantes en Burgos se remonta a los años 1220-1222, cuando se establecen modestamente en el barrio de Vega, fuera del recinto urbano amurallado⁴. Tras un periodo inicial de consolidación urbana tenemos noticias del interés de la orden por trasladar su residencia hacia la calle de San Lucas en la década de los setenta de la decimotercera centuria. Este será su emplazamiento definitivo —objeto de la intervención arqueológica— tras un largo proceso de enfrentamientos con el cabildo catedralicio, que será saldado el año 1300 con el definitivo acuerdo entre las partes implicadas (CASILLAS, 2003: 462). No obstante, el estudio arqueológico ha permitido documentar la utilización de facto de este espacio por la comunidad religiosa, con anterioridad a esa fecha, como lugar de enterramiento, con inhumaciones en fosa y numerario asociado que nos sitúan en los años ochenta y noventa, sobre las estructuras arrasadas de un ambiente doméstico anterior (ADÁN *et alii*, 2003).

A partir de ese momento arranca un ambicioso proyecto de construcción de un nuevo convento de gran entidad. Durante los siglos XIV y XV se acomete la edificación de sus trazas fundamentales —iglesia, claustro y dependencias conventuales—, pasando por largas fases de letargo, y no será hasta 1430, con el definitivo patrocinio del obispo Pablo de Santa María, cuando se den por terminadas las obras en la iglesia gótica (CASILLAS, 2003: 54). Desde la segunda mitad del siglo XV, y a lo largo de todo el siglo XVI, alcanza su cenit una política de promoción de capillas funerarias y sepulcros, protagonizada por las jerarquías eclesiásticas urbanas, pero sobre todo por la enriquecida burguesía del momento —entre ellos encontramos a los Maluenda—, que dotará al convento, y principalmente a la iglesia, de una topografía funeraria jerarquizada en virtud de las dotaciones económicas realizadas en las diferentes fundaciones repartidas por la cabecera, transepto y capillas entre contrafuertes de las naves laterales de la iglesia (ibídem: 63-77).

Entre estas fundaciones funerarias destaca la de los Maluenda en la capilla de las Once Mil Vírgenes del transepto sur de la iglesia en el año 1563. Pero, antes de entrar en detalles, debemos hacer una breve pausa en los episodios finales del convento, que condicionaron en gran medida el registro arqueológico

documentado en la capilla. Así, el siglo XIX es un periodo de abandono y transformaciones de las dependencias conventuales, que culminó con su total destrucción. Ocupado como acuartelamiento por las tropas francesas entre 1808 y 1813, el convento ya no se recuperará hasta su epílogo definitivo con la desamortización de 1835. En los años siguientes es utilizado como cárcel, cuartel y hospital, hasta que el proceso destructivo se convierte en irreversible tras la demolición de las ruinas del viejo convento y la erección de un cuartel de caballería de planta *ex novo* entre los años sesenta y ochenta del siglo XIX (SÁNCHEZ, 1996: 135-143; CASILLAS, 2003: 321-344). La construcción del recinto militar supuso el arrasamiento de buena parte de las dependencias conventuales por las cimentaciones del nuevo edificio, así como el saqueo de los mampuestos y sillares de sus estructuras, que sirvieron de cantera.

LA CAPILLA DE LAS ONCE MIL VÍRGENES

Dentro de este programa funerario desarrollado entre el otoño de la baja Edad Media y el arranque de la Edad Moderna se integra la fundación de la capilla funeraria de los Maluenda en el transepto sur de la iglesia. Originalmente este espacio había albergado la sacristía de la iglesia, una vez concluida su bóveda bajo el amparo del obispo Pablo de Santa María (CASILLAS, 2003: 238-239). Más tarde, entre 1499 y 1506, la estancia fue reformada para albergar el culto de las Once Mil Vírgenes, con el patrocinio de doña Juana de Aragón y su esposo don Bernardino de Velasco, condestable de Castilla, para que «la capilla fuese relicario donde ninguno se enterrase» (ARRIAGA, 1972: 104). No obstante, este deseo fundacional duró tan solo cincuenta y siete años. Tras la muerte de la fundadora, los sucesivos condestables se mostraron reticentes a mantener un patronato sobre la capilla que suponía altos costes, hasta que finalmente se acabaron desentendiendo de la misma y perdieron sus derechos de propiedad (CASILLAS, 2003: 239). El 29 de diciembre de 1563 el convento llega a un acuerdo con Francisco y Andrés de Maluenda y les concede «la dicha capilla para uso de sus enterramientos e de quienes ellos quisieren libremente con derecho de patronazgo en ella» (ibídem: 470 y 471, doc. 8). A partir de ese momento el transepto sur de la iglesia albergará los sepulcros de sucesivos miembros de la familia⁵, así como los de sus herederos, los Brizuela, que ostentarán la titularidad de la capilla hasta la desaparición del convento (CASILLAS, 2003: 244).

Ángela Rodríguez y Covadonga Ibáñez, esta última autora de las planimetrías de la iglesia.

⁴ Para los orígenes de la orden dominica en Burgos, remitimos a la obra de ARRIAGA (1972) y de CASILLAS (2001, 2002 y 2003).

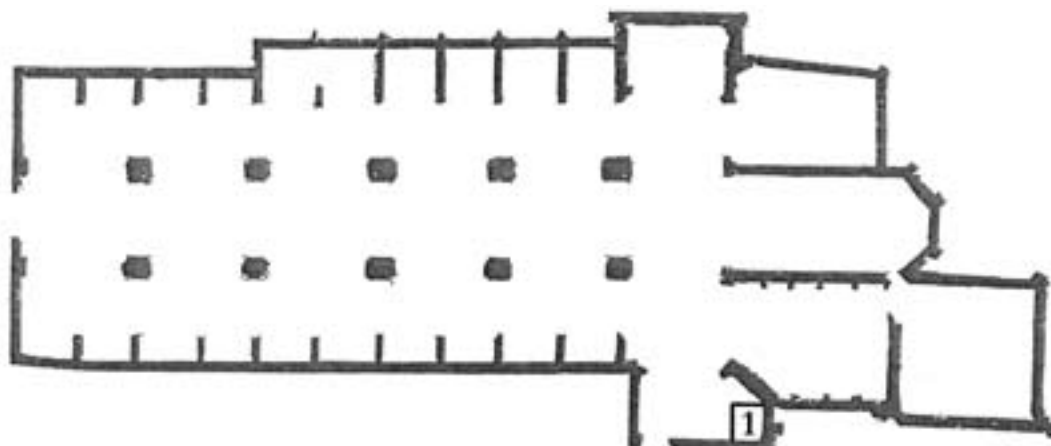


Fig. 1. Localización de la cripta de los Maluenda (1) en la iglesia del convento de San Pablo de Burgos (planta base: CASILLAS, 2001).

LA CRIPTA

Con toda esta información previa se inició la excavación arqueológica del transepto sur de la iglesia. La zona se encontraba muy alterada por la obra del cuartel de caballería en el siglo XIX. De esta manera, apenas si se pudieron localizar las cimentaciones arrasadas del muro septentrional de la capilla (Unidad Estratigráfica 1423) y del muro con dirección oblicua que la separaba de la capilla sur de la cabecera de la iglesia (UE 1157). El resto de las paredes habían sido saqueadas durante la construcción del cuartel, si bien fue posible reconstruir su morfología y dimensiones como estructuras negativas o muros fantasma (UE 1067, 1143, 1099). En cualquier caso, durante la intervención se pudo documentar la existencia de un espacio subterráneo o cripta adaptada a la esquina sureste de la capilla de las Once Mil Vírgenes, y que había sido respetada por las remociones posteriores.

La cripta presenta planta rectangular, con unas dimensiones exteriores de 4,71 por 3,83 m, e interiores de 3,39 por 3,29 m —ligeramente trapezoidal al estrecharse en el lado norte—, que le proporcionan una superficie interna de unos 11,15 m². Los paramentos de las paredes están realizados con aparejo de grandes sillares de piedra caliza concertados con argamasa (UE 1147 y 1169), dispuestos en tres hileras coronadas por una hilada superior de sillares más

alargados y de menor altura. En su conjunto la fábrica de las paredes responde a una obra uniforme, en la que los muros están unidos entre sí, presentando su cara interior vista, con una esmerada labra mediante el empleo de gradina y cincel, sin indicios de haber estado revocadas. El espacio interior de la cripta está subdividido en dos habitáculos por un murete medianero del que se conservan únicamente tres bloques monolíticos que conforman una sola hilada (UE 1168), aunque resulta verosímil que tuviera un mayor desarrollo en altura, hasta el reborde superior de la cripta, a tenor de las entalladuras y cicatrices que se observan en la pared sur. Cada habitáculo presenta un acceso diferenciado, a través de dos escaleras de las que se conservan cuatro peldaños con la misma fábrica de sillares. Desde el peldaño superior de estas escaleras se alcanzaría la cota del suelo de la capilla, realizado con baldosas de superficie vidriada y decoración cordada (UE 1153). Por su parte, el suelo del fondo de la cripta está formado por losas rectangulares de piedra caliza (UE 1164) que presentan su cara superior lisa labrada con gradina, mientras que por su cara inferior están decoradas con celdas y arquillos de estilo gótico, por lo que parece tratarse de placas decoradas reutilizadas en el suelo de la cripta. Estas losas descansan sobre la superficie de pequeños cantos rodados de la terraza fluvial (UE 1167), sobre la que está cimentada toda la obra. En cuanto a la profundidad que podría tener la fosa, nada se puede afirmar con rotundidad, al no haberse conservado el sistema de cubierta. Las paredes presentan una altura de 0,98 m, mientras que entre el fondo de la cripta y el pavimento superior de la capilla hay una diferencia de cota de 1,35 m.

⁵ Así la conoció Antonio Ponz en su visita al convento, quien nos relata que «otras memorias sepulcrales hay en la capilla que llaman de las Vírgenes, con su decoración de mármoles de excelente trabajo. La una es de Pedro de Maluenda, Capellán de Carlos V y nombrado para el Concilio de Trento, y la otra de Alonso de Maluenda, que murieron el uno en 1562, y el otro en 1574» (PONZ, 1787).

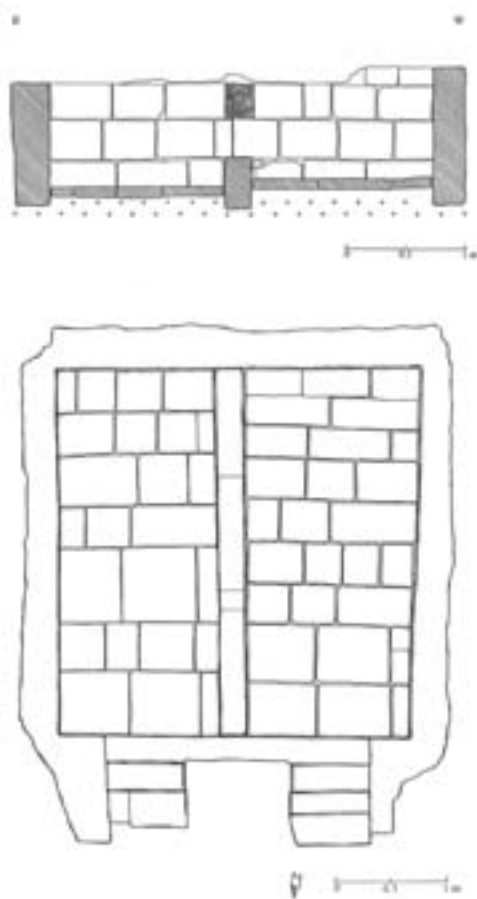


Fig. 2. Planta y alzado de la cripta de los Maluenda.

Estratigrafía de relleno de la cripta

La excavación de los diferentes rellenos que colmataban la cripta proporcionó la siguiente estratigrafía, de techo a base. La superficie de la capilla se encontraba cubierta por un relleno de arenas y escombros de obra (UE 1003), correspondiente al subsuelo del cuartel de caballería. Por debajo, y también en toda la planta de la capilla, se documentó un nivel de relleno de matriz arenosa y tonalidad grisácea (UE 1142) que contenía abundantes materiales⁶, y cuya formación parece estar relacionada con las obras de demolición del antiguo convento y de construcción del nuevo cuartel. Bajo la UE 1142, y ya tan solo en el interior de la cripta, se documentó un estra-

⁶ Se trata de molduras, baldosas cordadas correspondientes al suelo de la capilla, fragmentos de escultura de mármol y alabastro, así como un fragmento de epígrafe.

to de relleno (UE 1160) en cuya superficie se identificaron dos enterramientos infantiles (UE 1154 [E4] y 1158 [E5]) dispuestos en sus respectivas fosas de planta ovalada (UE 1155 y 1159). La UE 1160 presentaba una gran potencia, rellenando buena parte de la altura de la cripta, y estaba formada por una matriz arenosa de color grisáceo en la que encontramos un amplio conjunto de restos arquitectónicos, escultóricos y decorativos de los que nos ocuparemos más detenidamente en el apartado dedicado a los materiales arqueológicos recuperados.

Por debajo de la UE 1160 se identificó un estrato de matriz arenosa y tonalidad grisácea-blanquecina con abundantes nódulos de cal (UE 1161) y una potencia de unos 20 cm que cubría el suelo de losas de la cripta⁷, y a cuatro enterramientos en ataúdes de madera rellenos de cal que contenían esqueletos humanos de individuos adultos (UE 1162 [E6], 1163 [E7], 1165 [E8] y 1166 [E9]). Los ataúdes ocupaban la mitad meridional del suelo de la cripta, distribuidos por parejas a cada lado del muro medianero y con una orientación norte-sur. El grado de conservación de la madera de los ataúdes era bastante defectuoso, por lo que gracias a su impronta sobre la cal fue posible reconstruir la morfología y las dimensiones de los féretros. Estos tienen una forma trapezoidal alargada, con una longitud de 190 cm y una anchura de 60 y 30 cm.

Por su parte los esqueletos presentaban una conservación irregular (enterramientos n^{os} 6, 7, 8 y 9), afectada posiblemente por el contacto directo con la cal. Se trata de cuatro individuos adultos en posición de decúbito supino, con las extremidades inferiores extendidas y las superiores cruzadas sobre la pelvis —tan solo se conservaban en E6 y E9—, y una orientación craneal y postcraneal norte. Junto a los esqueletos se recogieron varios clavos de hierro y bronce de pequeño tamaño, un fragmento de vidrio, un alfiler de bronce, una plaquita de bronce incrustada en madera, una medalla de bronce y un crucifijo de bronce con la imagen de Cristo con un orificio en el brazo largo —concretamente estos tres últimos hallazgos se encontraron sobre E9.

⁷ En esta unidad tan solo se recuperaron tres fragmentos cerámicos: un fragmento de galbo de cerámica común de cocción oxidante, con torneado rápido y sin decoración; un fragmento de galbo de cerámica común vidriada de cocción oxidante, torneado rápido y vidrio melado en la superficie interior, y un fragmento de galbo con arranque de asa de cinta de loza estannífera. La escasa representatividad de estos fragmentos nos sitúan en una cronológica amplia, correspondiente a la Edad Moderna y Contemporánea. Además, en esta unidad se encontraron dos cráneos humanos colocados en las esquinas sureste y suroeste de la cripta.

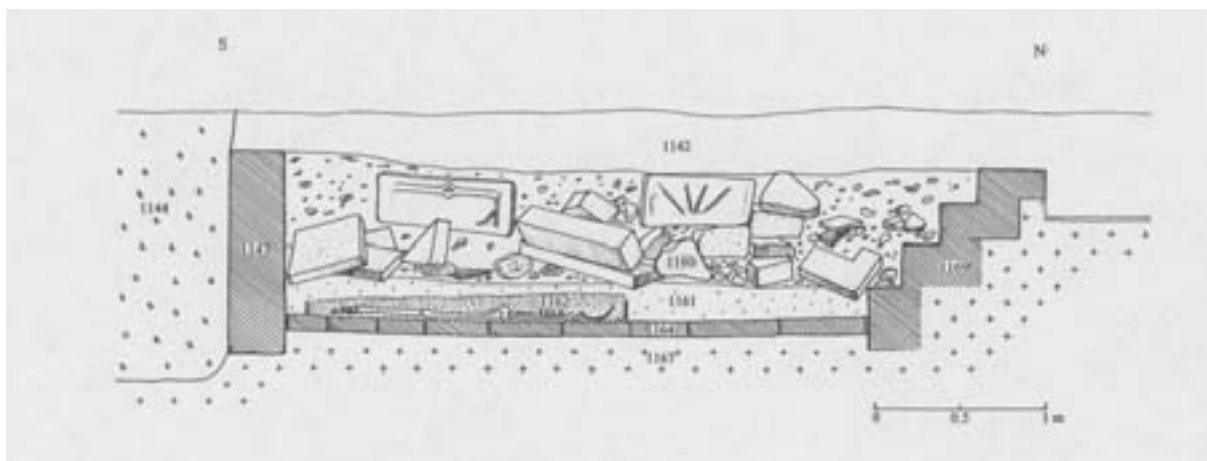


Fig. 3. Sección de la estratigrafía de relleno de la cripta de los Maluenda.

Materiales arqueológicos recuperados en el relleno de la cripta

En la UE 1160 se recogieron un amplio conjunto de materiales, correspondientes en su mayor parte a los sepulcros emplazados en la capilla de las Once Mil Vírgenes, y de los que reseñamos algunos de los más destacados:

- Dos fragmentos de tapa de sepulcro mural en piedra caliza con restos de policromía. Los fragmentos se corresponden con los pies de la figura yacente, vestida con hábito religioso indeterminado⁸.
- Dos frontales de sepulcro mural en piedra caliza. Cada frontal está decorado con un angelote que sostiene una moldura circular. En el interior de la moldura se conservan restos de mortero con una superficie rugosa, que podría haber servido para fijar alguno de los fragmentos de escudo encontrados en el relleno.
- Un frontal de sepulcro mural en piedra caliza con moldura circular que enmarca un escudo. El campo del escudo se encuentra cuartelado en cruz. En el cuadro superior izquierdo luce una cruz ancorada con bordura de ocho castillos⁹. En el superior derecho, una banda

engolada en dragantes de sinople y dos pequeños escudos con tres bandas paralelas horizontales, todo ello orlado por una cadena de eslabones. En el campo inferior izquierdo luce seis roeles y en el inferior derecho un castillo con bordura de aspas¹⁰.

- Un fragmento correspondiente a la mitad superior de un escudo dividido en dos cuadros. En el cuadro izquierdo luce el brazo superior de una cruz con bordura de castillos —se conservan cinco—. En el cuadro derecho, torre o castillo en campo azul¹¹.
- Fragmento de epígrafe. Presenta la mitad izquierda del campo epigráfico, con la leyenda: AQV/ LONSO D/ DE BVRGO/ LVENDA I DE/ SEÑOR SAN GIL I/ DE CASTROOS T/ PATRONESIDO T/SVMVG/. En su costado izquierdo está ornamentado con una figura alada de cola enroscada. Podría haber estado integrado en la esquina de un sepulcro.

⁸ El fragmento conservado impide asegurar de qué tipo de hábito se trata, aunque podría ser de un canónigo o de un dominico.

⁹ En el testamento de Isabel de La Torre, de 1581, se describen las armas del linaje de los Maluenda: «Cruz ancorada colorada en campo amarillo y por orla ocho castillos de oro en campo azul» (LÓPEZ MATA (s. a.)).

¹⁰ El epitafio de don Pedro de Maluenda, conservado en el Museo Arqueológico de Burgos, está coronado por dos angelotes que sostienen sendos escudos. En el de la izquierda luce la cruz ancorada con bordura de ocho castillos, mientras que el de la derecha es compuesto. En el cuadro superior izquierdo, banda engolada de sinople; en el superior derecho, castillo con bordura de aspas, y en el inferior seis roeles. La identificación de este epitafio como parte del sepulcro de don Pedro de Maluenda corresponde a CASILLAS (2002).

¹¹ En el escudo de armas de Francisco Maluenda de la Torre, primogénito de Andrés de Maluenda —fundador con su hermano Francisco de la capilla—, y de Isabel de la Torre figuran la cruz de los Maluenda y un castillo como blasón del apellido de su madre (LÓPEZ MATA, s. a.: 41).

DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS

Si en los últimos años los estudios sobre la organización de los espacios funerarios en la arquitectura medieval y moderna peninsular han cobrado una significativa relevancia¹², resulta poco usual hasta la fecha encontrarse con análisis más específicos que se ocupen de las estructuras subterráneas vinculadas a estos programas arquitectónicos y funerarios. Por el contrario, en otros países europeos, la investigación sobre estas «construcciones escondidas» representa una de las líneas de trabajo más activas de la arqueología dedicada a los edificios religiosos¹³. Volviendo a nuestras fronteras, y como punto de partida, hay que advertir que no son muy frecuentes las posibilidades de obtener un conocimiento directo de estas estructuras. Así, mientras en la documentación escrita se localizan referencias sobre la construcción de este tipo de enterramientos en las capillas funerarias de iglesias parroquiales y conventos burgaleses, la visita a los mismos se torna por lo general infructuosa, al chocar frontalmente con los pavimentos contemporáneos que sellan el suelo del edificio. Algo más de información nos ofrecen las restauraciones realizadas en ciertas iglesias durante el siglo XX. Las reformas en los pavimentos y el traslado de sepulcros en el interior de los templos posibilitaron el descubrimiento de algunas criptas, aunque la inexistencia de un seguimiento arqueológico durante las obras y el habitual desinterés por el hallazgo se resumen en genéricas descripciones sobre la identificación de escaleras de acceso y de esqueletos en su interior. Así ocurre en la iglesia de San Nicolás de Burgos, donde HUIDOBRO (1911) nos describe que «en el sitio indicado, bajo la piedra de jaspe, hay una cripta que fue preciso descubrirla al rebajar el plano del altar y se cubrió inmediatamente a presencia del señor Marqués de Murga. Allí aparecieron tres féretros de adultos y los restos de un niño». Durante la restauración de 1967 de la iglesia parroquial de San Lesmes también se encontraron varias criptas, según recoge J. Vargas Vívar con mayor detalle. Así, en la capilla de San Jerónimo, «deshechos los hornos, se hizo el vaciado de la capilla en una profundidad de cuatro metros, reforzando sus muros. En el centro y debajo de donde estaban los hornos, apareció una cripta de 2,85 de largo por 1,65 de ancha y 1,30 de alta, con bóveda semicircular de piedra, en la que

aparecieron restos de catorce cadáveres de diversas edades, a juzgar por el tamaño de los huesos. Tenía su etapa de entrada y tres escaleras de bajada». Además, durante el traslado del mausoleo de San Lesmes «apareció una cripta y dentro de ella el sepulcro con el esqueleto casi íntegro del Santo, que fue sacado el 7 de agosto en presencia del Excmo. Señor Arzobispo y autoridades. El esqueleto tenía los brazos cruzados sobre el pecho y, con la más agradable de las sorpresas, se pudo comprobar que faltaba el hueso del brazo que se conserva en el brazo-reliquia de San Lesmes». Finalmente, durante las reformas en el sepulcro de María de Ontiveros, «levantada la lápida había una escalera de bajada a una espaciosa cripta con restos diversos y señales de haber estado inundada. La cripta tenía pared comunera con la de San Lesmes» (VARGAS, 1969). Por otro lado, en las últimas décadas, son cada día más numerosas las excavaciones arqueológicas en iglesias y conventos, así como la documentación de estas estructuras subterráneas, aunque desafortunadamente no se ven acompañadas de un aumento de las publicaciones al respecto.

Retornando al convento de San Pablo de Burgos, y una vez analizada la estructura de la cripta así como el registro estratigráfico y los hallazgos asociados a la misma, pasemos ahora a interpretar su funcionalidad, morfología original y uso. Como hemos visto, estas criptas son construcciones subterráneas destinadas a albergar enterramientos. La documentación escrita recoge su existencia, aunque con otra denominación. Así, en el propio concierto sobre el patronato de la capilla de las Once Mil Vírgenes, el convento reconoce a los nuevos patronos Francisco y Andrés de Maluenda el derecho a «que nadie se pueda enterrar en ella sino quien ellos quisieren, para que puedan labrar en el lo que quisieren, poner en ella escudos, e arm. e pendones, así en lo que está obrado como lo que labraren por dentro, por fuera, y hacer aras y carneros para el uso de las dichas sepulturas» (CASILLAS, 2003: 470, doc. 8). Años después, Francisco de Maluenda y su mujer, Margarita Alonso de Maluenda, mandarían en su testamento ser enterrados «en la mía capilla de las Vírgenes, en el carnero que tenemos en la dicha capilla y en la sepultura de en medio que tenemos en dicho monasterio» (ibídem: 242). La identificación entre la cripta y el carnero, el lugar de la carne, resulta inequívoca¹⁴.

¹² Ver, por ejemplo, BANGO (1992) y CARRERO (1998).

¹³ Una síntesis actualizada para el territorio francés se puede ver en ESQUIEU (1996).

¹⁴ A través del estudio de la documentación escrita de los siglos XV y XVI, Carlos Polanco define el carnero como «una pequeña cripta subterránea abovedada, a la que se accedía por una es-

La utilización del transepto sur de la iglesia como capilla funeraria por la familia Maluenda desde el año 1563 supuso de partida la acomodación de este espacio como lugar de enterramiento para los sucesivos miembros del linaje, mediante la construcción de sepulcros y carneros al uso de la época. Por las mismas fechas se realizaba el contrato para la obra de la capilla de la Santa Cruz en la iglesia de San Gil, en el que se estipulaba que «en el comedio del güeco que le quedare se ha de hazer un carnero de seis pies y medio y siete y medio de largo de a terçia cada pie en tal manera que quepan tres ataúdes en el ancho y en altura tendrá el dicho carnero tanta cantidad que un hombre quepa derecho a de tener el dicho carnero para la entrada dél una escalera de los pasos neçesarios de dos pies y medio en ancho y cubierta con sus losas, y en la una de las dichas losas dos aldavas de hierro para quando fuere neçesario descubrirla a de quedar ençima para poner una losa de jaspe y armas y letreros» (ibídem: 420, docs. 13-17). En el documento se resume expresivamente la morfología, la forma de la cubierta y el sistema de acceso de este tipo de carneros.

En el caso de la cripta de los Maluenda vemos como esta se adapta a la esquina sureste de la capilla. En el resto de la superficie del transepto sur no se documentaron más estructuras subterráneas, sino tan solo una serie de rellenos y suelos de obra hasta alcanzar la cota del pavimento de baldosas cordadas. En cuanto al tipo de cubierta empleada en la cripta, dos eran los sistemas más utilizados en la época: la cubierta de losas, empleada en la capilla de la Santa Cruz, y la cubierta abovedada (ibídem: 305). A tenor de los restos encontrados en su relleno interior¹⁵, la cripta de los Maluenda podría haber estado cubierta con grandes losas que descansaban sobre las paredes y el muro medianero, enrasando su cara superior con el pavimento de baldosas. Además, una parte del carnero habría estado tapado por los sepulcros adosados a las paredes oriental y meridional de la capilla, alguno de cuyos fragmentos aparecieron en el relleno de la cripta. En el resto de los carneros y sepulturas documentados en el convento de San Pablo la cubierta plana de losas parece ser el método comúnmente empleado. Así se observa en el crucero de la iglesia, y en el carnero localizado en la capilla norte de la cabecera, en cuyo derrumbe interior se encontraron

calera, cuya misión era recibir los cuerpos de los difuntos de una misma familia o linaje» (POLANCO, 2001: 186-187).

¹⁵ No se documentaron materiales propios del derrumbe de una bóveda y sí en cambio losas planas y alargadas que podrían haber pertenecido al sistema de la cubierta.

varias losas calizas de gran tamaño y de reborde entallado, presentando una de ellas la impronta de una aldava de hierro¹⁶. Un sistema mixto, que combina la cubierta plana y el abovedamiento, se documenta en la cripta localizada bajo la capilla mayor del monasterio cisterciense de Santa María de Rioseco (Burgos)¹⁷. La cubierta de losas en la cripta de los Maluenda proporcionaría un espacio interior con poco más de un metro de altura, dividido en dos habitáculos por el murete medianero, a los que se accede por sendas escaleras dispuestas en el extremo septentrional de la cripta. Por su parte, en el resto de carneros documentados en la iglesia el acceso escalonado se localiza en el extremo oeste¹⁸.

Las características constructivas —materiales empleados, acabado— de los diferentes carneros de la iglesia de San Pablo denotan una jerarquía interna —en virtud de la dotación económica realizada por sus respectivos propietarios— en la que destaca por encima de todas la cripta de los Maluenda. Se trata de una obra de grandes dimensiones, la mayor dentro de la iglesia. El interior, al que solo se accedía ocasionalmente para depositar al difunto, presenta un esmerado acabado, realizado con sillares vistos finamente labrados en las paredes y suelo enlosado¹⁹. Por su parte, el resto de carneros documentados presenta una factura de menor calidad. En un segundo escalón se encontraría la cripta de la capilla norte de la cabecera, con obra de sillarejo revocado con una capa de mortero en las paredes y en el fondo suelo de losas bien labradas concertadas con argamasa. Finalmente, los carneros localizados en el crucero de la iglesia presentan una factura menos cuidada, con paramentos que combinan sillarejo y mampuestos irregulares, revocados con una capa de mortero, o incluso solamente rejunteados. Tampoco tienen suelo de fábrica,

¹⁶ La cubierta de losas, frente a la bóveda, es también el tipo de cubierta más frecuente en las criptas francesas (ESQUIEU, 1996: 208).

¹⁷ Agradezco al arqueólogo Rafael Muñoz sus referencias sobre la localización e identificación de esta cripta. En su mitad norte presenta una escalera de acceso de al menos cuatro peldaños. Esta parte está cubierta por una gran lápida con el letrero y las armas del titular, junto con unas losas de menor tamaño que cubrirían el arranque de la escalera. Por su parte, la mitad meridional de la cripta está cubierta mediante una bóveda de medio punto. Toda la obra está realizada con grandes sillares calizos bien trabajados, y parece corresponder al siglo XVII. El fondo de la cripta está cubierto por una capa de tierra en la que se observan huesos humanos en superficie revueltos por la acción de los saqueadores.

¹⁸ Esta es la localización más común de las escaleras en las criptas funerarias (ESQUIEU, 1996: 209).

¹⁹ No se documentaron restos de derrumbe de un revoco de las paredes en el interior de la cripta.

aprovechando la superficie aplanada de pequeños cantos rodados y arenas de la terraza fluvial²⁰.

La cripta de los Maluenda está concebida como un carnero familiar, dividido en dos habitáculos independientes con acceso individualizado. Cada uno de estos habitáculos estaría originalmente diseñado para albergar dos ataúdes de madera, correspondientes posiblemente a dos matrimonios del linaje familiar, aunque esta distribución inicial estaría siempre condicionada por las reutilizaciones posteriores. En el resto de carneros de la iglesia no se observa una distribución interna tan elaborada. De esta manera, la cripta de la capilla norte de la cabecera, aunque tiene mayor profundidad que la de los Malvenda, presenta menor superficie interna, sin compartimentaciones, lo que únicamente posibilitaría la colocación de dos enterramientos yuxtapuestos en el fondo. Los carneros localizados en el crucero de la iglesia tienen plantas rectangulares de menor tamaño, permitiendo solamente —en principio— sepulturas dobles o individuales. En cuanto a la señalización externa del carnero también existe una gran variedad de opciones. Los sepulcros de mayor categoría eran los exentos, emplazados en el centro de la capilla, en los que el carnero se localiza bajo la cama donde descansan las figuras de los yacentes (POLANCO, 2001: 304-305 y 313-314). En la capilla de los Maluenda el carnero se retira hacia un costado de la estancia, parcialmente cubierto por los sepulcros adosados a las paredes, donde letreros y blasones recordarían a los difuntos depositados en la cripta. En casos más sencillos, como los del crucero de la iglesia, el carnero aparece cubierto por una lápida, en la que se esculpe el epitafio y las armas del fundador.

Como hemos visto, en el interior de la cripta el cuerpo del difunto se colocaba dentro de un ataúd de madera, del mismo modo que se documenta también en el resto de carneros de la iglesia (GARCÍA y ADÁN, 2003). El uso del ataúd de madera es una necesidad derivada de este tipo de enterramiento pero, principalmente, refleja el interés de diferenciación social que manifiesta la oligarquía urbana del siglo XVI, ya que frente al uso generalizado de las andas en los entierros, el ataúd quedaba restringido a las capas sociales de mayor capacidad económica (POLANCO, 2001: 186-187). Así, en 1546 el regidor Gregorio de Polan-

co manda en su testamento ser enterrado junto con su mujer «en sendos ataúdes de madera en la bóveda que esta debaxo de las gradas del altar mayor» de la iglesia de San Nicolás²¹. El mal estado de conservación de los ataúdes en el interior de las criptas dificulta la reconstrucción de su forma más allá de su planta trapezoidal alargada, aunque la documentación escrita nos revela que tenían cubierta a doble vertiente y que podían estar recubiertos con telas negras o cuero para incrementar la sensación de lujo (POLANCO, 2001: 187). En cada habitáculo de la cripta de los Maluenda se disponen dos ataúdes, apostados contra la pared sur de la cripta y junto al muro medianero y a la pared lateral respectivamente. Los ataúdes presentan una orientación norte-sur, rompiendo la orientación habitual oeste-este y primando su adaptación a la planta del carnero. Cada fétro aparece relleno de cal, seguramente por razones higiénicas y para evitar el olor de la putrefacción de los cuerpos, y no sería descartable que parte del relleno de tierra que cubría los ataúdes se hubiera introducido con el mismo fin²².

La cripta de los Maluenda estaba concebida como un carnero familiar, y como tal sujeta a sucesivas reutilizaciones por parte de los descendientes del linaje familiar. Con este uso continuado parece estar relacionado el hallazgo de dos cráneos colocados contra las esquinas sureste y suroeste de la cripta, dentro del relleno de tierra que cubre a los ataúdes, así como la cronología tardía, entre los siglos XVII y XVIII, del crucifijo encontrado en el enterramiento número 9 (ORTEGA, 2003). Por su parte, en los carneros del crucero de la iglesia se documenta expresivamente su reutilización, tanto por el método empleado, mediante la superposición de los enterramientos —un ataúd sobre otro— como por los abundantes osarios genera-

²⁰ Esta variedad constructiva también se observa en las criptas funerarias francesas, donde en las paredes se emplean sillares, ladrillos o mampostería, y en los suelos, desde el propio terreno natural hasta baldosas de cerámica, pasando por suelos de mortero y enlosados de pizarra (ESQUIEU, 1996: 211-212).

²¹ «mandamos que nuestros cuerpos sean sepultados quando dios fuere servido de llevarnos desta presente vida en la yglesia parrochial de señor san nicolas desta ciudad de burgos donde somos parrochianos puestos en sendos ataudes de madera en la boveda que esta debaxo de las gradas del altar mayor fasta tanto que sea fecho un carnero debaxo de las dos piedras donde estan sepultados gonzalo lopez de polanco y leonor de miranda padres de mi el dicho gregorio de polanco e de otras piedras que estan junto a ellas que con lo que esta losado que es todo nuestro abra harto lugar para hacer el dicho carnero en el qual se pasaran nuestros huesos y estaran los de mis padres y cerrarse ha el dicho carnero con piedras de sepultura donde estaran nuestras armas» (GARCÍA RAMILA, 1969: 6).

²² En la catedral de Aix se documentó un peculiar sistema para evitar la propagación del hedor mediante la construcción de dos suelos superpuestos sobre una cripta funeraria, de tal modo que se creaba una cámara que se rellenaba de tierra o cal (ESQUIEU, 1996: 209).

dos²³. Sin duda, los intereses económicos generados con los enterramientos debían de motivar algunas reutilizaciones de los carneros no dispuestas o previstas por sus fundadores, quienes establecían conciertos de exclusividad para garantizar la salvaguarda de sus intereses, como refleja el compromiso al que había llegado el monasterio de San Juan con Isabel de Astudillo para no «dejar sacar ningunos huesos de los que allí están enterrados no mostrando depósito» (POLANCO, 2001: 312).

Como vemos, la utilización del sepulcro con carnero subterráneo como modo de enterramiento en el interior de los templos alcanzó una notable difusión entre la clase adinerada durante el siglo XVI²⁴. En definitiva, están imitando modelos utilizados por la nobleza y el alto clero, patrocinadores de lujosas sepulturas de carácter individual, y que tienen su mejor reflejo en el sepulcro del rey Juan II y su esposa Isabel de Portugal en la Cartuja de Miraflores, así como en el de los Condestables de Castilla en su capilla de la catedral de Burgos (BANGO, 1992; POLANCO, 2001: 304-305). En su capilla funeraria del convento de San Pablo, los Maluenda crearon un espacio de enterramiento preferencial para los sucesivos miembros del linaje, tal como se demuestra tanto en las reutilizaciones del carnero familiar como en la multiplicación de sepulcros en el ámbito de la capilla. Entre ellos se encontraban algunos de los más lujosos del convento, como el sepulcro exento de Francisco de Maluenda y Margarita Alonso de Maluenda, situado en el centro de la capilla y decorado con mármoles, o el de Pedro de Maluenda, con epitafio de mármol coronado por los escudos del fundador²⁵. También se encontraban, entre otros, los sepulcros de Andrés de Maluenda e Isabel de la Torre, el

de Antonio de Maluenda, abad de San Millán, y el de Melchor de Brizuela y Maluenda, este último representante ya de la familia Brizuela, descendiente de los Maluenda, y que ostentó la titularidad de la capilla, perpetuando la memoria del linaje, hasta la desaparición del convento (CASILLAS, 2002: 266).

La capilla funeraria se convierte así en un mecanismo de ostentación económica y social que persigue la concentración de los enterramientos de los miembros de la familia como vehículo de cohesión del grupo y de perpetuación del prestigio del linaje, conjugando el lujo de los sepulcros con la fundación de misas y capellanías testamentarias en recuerdo de los difuntos (POLANCO, 2001: 201-234; CASADO, 1985). Este comportamiento no es nuevo sino que reproduce modelos anteriores, documentados durante el siglo XV en la propia familia Maluenda, como pueden ser los enterramientos colectivos de los Maluenda-Miranda en la iglesia de San Nicolás (GÓMEZ, 1988: 149) y de los Alonso de Burgos-Maluenda en la iglesia de San Llorente (CASADO, 1985: 161), ambas en la ciudad de Burgos. Junto con la fundación de las capillas funerarias, el comportamiento social de la familia Maluenda, en un afán emulador de la nobleza, incluye también la adquisición por parte de Andrés de Maluenda, fundador con su hermano Francisco de la capilla familiar, de una casa-palacio en la calle Corronería de la ciudad, donde fija la residencia de la familia (LÓPEZ MATA, s. a.: 38-42). Esta actitud global se sustenta sobre una considerable fortuna generada por unas compañías mercantiles familiares que controlan el tráfico de lana, paños y lencerías con los principales centros distribuidores de Francia y Países Bajos, y que están en la base del acceso de los sucesivos miembros de estos linajes a los puestos de poder político de la ciudad (CASADO, 1985: 150-156; IBÁÑEZ, 1990).

CONCLUSIONES

La identificación de la cripta localizada en la capilla de las Once Mil Vírgenes como un carnero resulta inequívoca. Se trata de una construcción subterránea destinada a albergar en su interior los cuerpos de los difuntos y que está asociada a un sepulcro exterior en el que se representan las figuras yacentes, las armas o los epitafios de sus propietarios. Los carneros presentan una variada tipología constructiva, ávida de estudios que profundicen en sus diferentes modelos y en su evolución. La cubierta plana, formada por grandes losas, se nos revela inicialmente como el sistema más

²³ En las criptas funerarias francesas está bien documentada la reutilización de las sepulturas múltiples, mediante la yuxtaposición y superposición de los ataúdes, con capas de cal intermedias (ESQUIEU, 1996: 209-210).

²⁴ Su empleo queda incluso reflejado en la literatura del Siglo de Oro: «Mi pobre boca ha expirado, con todo su barrio entero; y mis dientes considero, que apestan la vecindad, y fuera gran caridad, el echarlos al carnero» (*Romancero general*, en GARCÍA RAMILA, 1942-1945).

²⁵ El sepulcro, actualmente conservado en el Museo Arqueológico de Burgos, presenta esta inscripción: «Aquí yace el insigne varón Pedro de Maluenda, hijo de Martín de Maluenda e D.^a Juana García de Castro, Doctor en la Sagrada Teología, Capellán del Emperador Carlos V, Rey de España, i uno de los nombrados por su Majestad para asistir al Concilio de Trento i en todas las dietas que se hicieran en Alemania contra los herexes. Para extirpación de ellos dexó dotada una misa rezada cada día perpetuamente. Falleció año de... [1562]. Requiescat in pacem» (CASILLAS, 2002: 265-266 y 2003).

comúnmente empleado, frente a los ejemplos abovedados. El acceso al fondo del carnero se realiza mediante una escalera, por lo general situada en su extremo oeste, salvo casos particulares en la disposición del carnero. Internamente pueden presentar un espacio de ámbito único, destinado a albergar originalmente uno o dos enterramientos, o compartimentaciones más complejas que permiten un uso diferenciado. En su interior los difuntos se depositan dentro de ataúdes de madera rellenos de cal, posiblemente para evitar el olor de la putrefacción de los cuerpos. Mientras que los lujosos sepulcros de la alta nobleza presentan una utilización individual, marcadamente personal, en los carneros localizados en el convento de San Pablo se advierte un destino plural, definido por las sucesivas reutilizaciones documentadas en el interior de los mismos por los descendientes del linaje titular. La fundación de sepulcros con carneros subterráneos en las iglesias parroquiales y conventuales de la ciudad de Burgos se nos revela como una práctica habitual entre los miembros de la oligarquía urbana durante el siglo XVI. Las dudas razonables empiezan a la hora de establecer las raíces de esta tipología funeraria, así como las variables de su desarrollo tipológico y utilización. Sin duda alguna, la resolución de estos interrogantes estará marcada por la puesta en común de las investigaciones arqueológicas realizadas en la arquitectura religiosa peninsular de la Edad Media y Moderna.

BIBLIOGRAFÍA

- ADÁN ÁLVAREZ, G., *et alii* (2002). *Proyecto de estudio histórico-arqueológico del convento de San Pablo de Burgos*. Inédito. Ayuntamiento de Burgos.
- ADÁN ÁLVAREZ, G., *et alii* (2003). *Memoria del estudio histórico-arqueológico del convento de San Pablo de Burgos*. Inédito. Ayuntamiento de Burgos.
- ARRIAGA, G. de (1972). *Historia del convento de San Pablo de Burgos (I)*. Institución Fernán González. Burgos.
- BANGO TORVISO, I. (1992). El espacio para enterramientos privilegiados en la arquitectura medieval española. *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte (UAM) IV*, pp. 93-132.
- CARRERO SANTAMARÍA, E. (1998). Arquitectura y espacio funerario entre los siglos XII y XVI: la catedral de Zamora. *Anuario 1998. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, pp. 202-251.
- CASADO ALONSO, H. (1985). Una familia de la oligarquía burgalesa del siglo XV: los Alonso de Burgos-Maluenda. En *La ciudad de Burgos. Actas del Congreso de Historia de Burgos*, pp. 143-162. Junta de Castilla y León. Madrid.
- CASILLAS GARCÍA, J. A. (2001). *El convento de San Pablo de Burgos. Apuntes sobre su proceso constructivo y sobre su aspecto en el siglo XIX*. Inédito. Ayuntamiento de Burgos.
- CASILLAS GARCÍA, J. A. (2002). Los enterramientos en el convento de San Pablo de Burgos. *Archivo Dominicano XXIII*, pp. 219-306. Salamanca.
- CASILLAS GARCÍA, J. A. (2003). *El convento de San Pablo de Burgos. Historia y arte*. Diputación Provincial de Burgos / San Esteban. Salamanca.
- ESQUIEU, Y. (1996). Les caveaux funéraires. *Archéologie du cimetière chrétien. Actes du 2.^{ème} colloque ARCHEA (Orléans, 29 sept.-1 oct. 1994)*, pp. 205-214. Tours.
- GARCÍA ÁLVAREZ, A., y ADÁN ÁLVAREZ, G. (2003). *Informe de la excavación arqueológica de la iglesia del convento de San Pablo de Burgos*. En ADÁN *et alii* (2003).
- GARCÍA RAMILA, I. (1942-1945). Del Burgos de antaño. Chivines y carnero. *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Burgos VI*, pp. 181-186. Burgos.
- GARCÍA RAMILA, I. (1969). Testamento otorgado en la ciudad de Burgos y en el año 1546, por el matrimonio integrado por Gregorio de Polanco, regidor y vecino de Burgos y su esposa doña María de Salinas. *Boletín de la Institución Fernán González XLVII*. Burgos.
- GÓMEZ BÁRCENA, M.^a J. (1988). *Escultura gótica funeraria en Burgos*. Burgos.
- HUIDOBRO Y SERNA, L. (1911). *Descripción arqueológica de la iglesia de San Nicolás de Burgos*. Valladolid.
- IBÁÑEZ, A. C. (1990). *Burgos y los burgaleses en el siglo XVI*. Burgos.
- LÓPEZ MATA, T. (s. a.). El palacio de los Maluendas. *Boletín de la Institución Fernán González XVI*, pp. 38-42. Burgos.
- ORTEGA, M.^a C. (2003). *Restauración de los materiales arqueológicos del convento de San Pablo*. En ADÁN *et alii* (2003).
- POLANCO MELERO, C. (2001). *Muerte y sociedad en Burgos en el siglo XVI*. Diputación Provincial de Burgos.
- PONZ, A. (1787). *Viaje de España*. Madrid.
- SÁNCHEZ MORENO, F. (1996). *Arquitectura militar de Burgos*. Ayuntamiento de Burgos.
- VARGAS VÍVAR, J. (1969). La restauración de la iglesia parroquial de San Lesmes. *Boletín de la Institución Fernán González XLVII*, pp. 181-189. Burgos.